

Yo



“Yo, el Primero de los Pecadores fui recibido a Misericordia” – San Pablo

Entre los que consintieron y presenciaron la muerte del primer mártir de la iglesia cristiana, estaba un orgulloso fariseo, el miembro más joven del sanedrín delante del cual, Esteban había predicado. Juntamente con los demás miembros de este cuerpo legislativo de los judíos, Saulo, de Tarso consentía en esta muerte. Con la enfurecida turba, Saulo echó fuera de la ciudad a Esteban. Los jóvenes testigos, encargados del apedreamiento de Esteban, pusieron sus ropas a los pies de Saulo y mataron al cristiano, que arrodillado, clamó a gran voz: “Señor, no les tomes en cuenta este pecado.”

Desde este momento, Saulo encabezaba la gran persecución que dejó la iglesia asolada como queda un hermoso huerto deshecho por un hato de jabalíes. El mismo fariseo entraba casa por casa, arrastraba a hombres y a mujeres y los entregaba para que fuesen encarcelados. Cegado por su fanatismo religioso, les forzaba a blasfemar a Cristo. Enfurecido sobremanera contra ellos, los perseguía hasta las ciudades extranjeras. Tales fueron sus nefandos hechos que en los años después, él mismo dijo que de los pecadores él era “el primero”, habiendo sido antes blasfemo, perseguidor e injuriador. Sólo porque había hecho todo “por ignorancia, en incredulidad” fue recibido a misericordia.

Respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, Saulo vino al sumo Sacerdote en Jerusalén y le pidió carta para las sinagogas de Damasco, ciudad a siete días de camino. Sus cartas le autorizaban traer presos a Jerusalén a cuantos hombres y mujeres que él hallaba de este camino.

Yendo por el camino, aconteció que al llegar cerca de Damasco, repentinamente le rodeó un resplandor de luz del cielo; y cayendo en tierra oyó una voz que le preguntaba: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”

Él contestó: “¿Quién eres, Señor?”, y le respondió: “Yo soy Jesús, a quien tu persigues; dura cosa te es dar coses contra el aguijón.”

Saulo, temblando y temeroso dijo: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?” y el Señor le respondió: “Levántate y entra en la ciudad y se te dirá lo que debes hacer.”

Los hombres que iban con Saulo se pararon atónitos oyendo a la verdad la voz, mas sin ver a nadie. Entonces Saulo se levantó de tierra, y abriendo los ojos, no veía a nadie; así que, llevándole de la mano, le metieron en Damasco, donde estuvo tres días sin ver, sin comer y sin beber.

Había entonces en Damasco un discípulo llamado Ananías a quien el Señor dijo en visión: “Ananías”. Y él respondió: “Heme aquí, Señor.” El Señor le dijo: “Levántate, y ve a la calle que se llama Derecha, y busca en casa de Judas a uno llamado Saulo de Tarso: porque he aquí, él ora, y ha visto en visión a un varón llamado Ananías, que entra y le pone las manos encima para que recobre la vista.”

Entonces Ananías respondió: “Señor, he oído de muchos acerca de este hombre, cuántos males ha hecho a tus santos en Jerusalén; y aun aquí tiene autoridad de los principales sacerdotes para prender a todos los que invocan tu nombre.” El Señor le dijo: “Ve, porque instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel; porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre.” Fue entonces Ananías y entró en la casa, y poniendo sobre él las manos, dijo: “Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo.”

Y al momento le cayeron de los ojos como escamas, y recibió al instante la vista; y levantándose, fue bautizado.

Tal fue la conversión del “primero de los pecadores.” Salvación llegó a su casa y le transformó en el más grande misionero y predicador de la iglesia cristiana.

Años después, él mismo se hallaba en la cárcel. Esta vez era preso del pervertido y depravado Nerón. La sentencia de muerte ya le había caído, y pocos días le quedaron para finalizar su carrera terrestre. Las siguientes palabras inmortales de su último testimonio han conmovido a miles de discípulos, animándoles a ellos a correr con paciencia su carrera:

“Yo ya estoy para ser sacrificado,
y el tiempo de mi partida está cercano.
He pelado la buena batalla,
he acabado mi carrera, he guardado la fe.
Por lo demás, me está guardada la corona de justicia,
la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día.”

“Os es necesario nacer otra vez” – Jesús